



Capítulo 454: Vamos tras lo real

Virgilio se agachó en silencio.

Las criaturas' sangre mezclada con la tierra formaron un espeso barro negro que se pegó a sus botas. Miró el suelo debajo de él con una mirada clínica, como si estuviera mirando un cuadro inacabado. Sumergió las yemas de sus dedos en la sustancia y la frotó entre el pulgar y el índice, sintiendo su viscosidad, su temperatura... y algo más.

"Interesante..."

Zuri, todavía recuperándose en una rama inferior, lo observó con sospecha. Sus escamas estaban erizadas, lo que siempre era una señal de que sus instintos le gritaban que se escapara.

- ¿Qué estás haciendo? Sabes que esto es repugnante, ¿verdad? Esto no es tinta ritual, Virgilio, es baba de animal muerto. Baba tibia."

"No es sólo sangre", respondió, ignorando el disgusto explícito de su compañero. "Hay magia aquí. Residuo... casi como cables de energía. "Hilos invisibles."

Zuri se desenrolló y descendió con cuidado hacia una roca cercana, manteniendo aún la distancia de los cuerpos apilados a su alrededor.

¿Estás hablando de magia residual? "Eso es común en las criaturas demoníacas"





"No. "No es sólo magia residual", dijo, estrechando los ojos mientras el aura que lo rodeaba pulsaba ligeramente, revelando su percepción energética. "Es magia conectiva. Como si... todas estas arañas compartieran el mismo pulso. Un centre."

Zuri se quedó en silencio por un segundo. Sus pupilas se estrecharon.

"...Oh. Eso explica muchas cosas. Ese movimiento coordinado, el instinto gregario. La forma en que vinieron en oleadas, sin dudarlo, incluso ante la destrucción."

Vergil se levantó lentamente, limpiándose la mano con el costado de los pantalones —la tela estaba manchada de baba oscura. Miró a su alrededor y, por un momento, el campo de batalla parecía más bien un santuario profanado. Cuerpos abiertos, fragmentos de piernas, mandíbulas dispersas.

"Estaban siendo controlados", dijo.

"Más que eso", dijo Zuri, su voz se volvió más analítica. "Esto es típico de la urticaria. Estás hablando de un principio de simbiosis mágica. Una madre. Una reina. Un centro de comando mágico. Todas estas arañas... son probablemente hijas. Creado a partir de un solo ser. "La fuente."

"Un Progenitor", añadió Virgilio, ahora sonriendo con los ojos brillando de entusiasmo. "Una mente colectiva... extraída de un único punto. Es como enfrentarse a un ejército con una sola cabeza. Si le cortas la cabeza... el cuerpo muere."

Zuri asintió, a pesar del escalofrío que recorría su columna vertebral.





Probablemente estemos hablando de la Madre Araña. Algo que debe estar en lo profundo de este bosque. Mucho más grande. Mucho más viejo. Quizás incluso inteligente."

Vergil dio unos pasos, caminando con cuidado entre los cuerpos, como si buscara señales. El calor de la pelea comenzaba a desvanecerse, pero su entusiasmo no hizo más que crecer.

"Quieres encontrarla", dijo Zuri, entre indignado e incrédulo.

"Quiero conocerla", corrigió arqueando las cejas. "Imaginar una criatura capaz de generar y controlar todo esto... es fascinante, por decir lo menos. ¿Viste su comportamiento? Coordinación de ataques, respuesta a estímulos mágicos, adaptabilidad al fuego... Éstas no son sólo bestias salvajes. "Son soldados."

"Vergil, no romántices algo así", advirtió Zuri. "Es una reina araña. Los arácnidos demoníacos no tienen una sociedad organizada. Todo es instinto, violencia y procreación forzada. Esa cosa debe tener milenios. "Es un agujero negro de perversión biológica"

Se rió, mirando el cielo gris filtrado a través de las copas secas de los árboles.

"Aún más interesante."

Zuri puso los ojos en blanco.

"Sabes que ese es el típico pensamiento de villano, ¿verdad?"





"No es villanía", dijo, señalando mientras hablaba. "Es curiosidad. Una mente científica. Filosófico. Artístico, incluso. Saber cómo una entidad así se sostiene, se organiza, se conecta con su descendencia mágica... "Eso es investigación de campo."

"Lo llamas investigación. "Lo llamo una invitación al peor día de nuestras vidas", murmuró Zuri.

Vergil se detuvo, cerró los ojos y respiró profundamente. Había algo en el aire. Un aroma que se extiende como polvo mágico —una firma, tal vez. Inclino la cabeza, sintiendo la dirección del flujo residual que conectaba a las criaturas muertas con algo más profundo en el bosque.

"Ella está llamando", murmuró, casi en trance.

"¿Puedes oírla?"

"No exactamente. Pero hay una reverberación en el suelo. "Las sombras bailan más fuerte en esa dirección", dijo, señalando un valle más adelante, donde los árboles se volvieron aún más retorcidos, con la corteza oscurecida como carbón y las enredaderas cubiertas de telarañas.

Zuri suspiró y renunció.

"Así que vamos tras ello, ¿es eso todo?"

Vergil la miró con ese destello de un demonio aburrido que encontraba diversión.

"Por supuesto. Este bosque está lleno de maravillas, ¿recuerdas?"





"Realmente no tienes instinto de supervivencia"

"Lo hago. Pero compite con mi instinto de caos. Y el caos suele ganar."

Zuri se arrastró hasta su hombro y se acurrucó allí con un largo suspiro.

"Solo avísame antes de meter el brazo dentro de un capullo de huevos"

"Sin promesas."

Siguió caminando y el paisaje empezó a cambiar. La vegetación disminuyó, los árboles se volvieron pálidos, como si estuvieran desprovistos de vida. Redes más gruesas formaban cortinas entre troncos y ramas. El sonido estaba amortiguado y el olor en el aire era una mezcla de tierra húmeda, sangre vieja y algo que recordaba al veneno.



Zuri murmuró en voz baja:

"¿Tienes alguna idea de lo que vas a encontrar?"

Virgilio sonrió con siniestra calma.

"Una criatura antigua... que ha vivido lo suficiente para comprender el miedo... y olvidarlo."

...



[En otro lugar]

La brisa era suave esa mañana.

En el corazón de una calle tranquila y soleada de un pequeño pueblo costero, una floristería exudaba aromas demasiado dulces para ser naturales. Rosas blancas, lirios dorados y flores silvestres de tonos casi etéreos formaban ramos meticulosamente dispuestos. Una campana de bronce tintineaba cada vez que se abría la puerta de cristal, pero en ese momento todo estaba en silencio —excepto por el leve sonido de unas tijeras que podaban delicadamente un ramo de peonías.

Detrás del mostrador, una mujer de belleza inhumana dispuso las flores con una precisión casi ritualista. Su cabello era dorado como el trigo, su piel brillaba como bronce a la luz y sus ojos eran del color del océano azul. Llevaba un delantal floreado sobre un sencillo vestido blanco y sus pies descalzos tocaban el suelo de madera con la gracia de alguien que nunca había tropezado en su vida.



Afrodita.

La diosa del amor—ahora florista.

Tarareó suavemente una antigua canción griega mientras rociaba agua sobre un jarrón de orquídeas negras. Las flores, tocadas por la niebla, parecían abrirse un poco más, como reconociendo la presencia de su creador.

"Espero encontrarlo de nuevo... el único hombre que me ha emocionado en estos últimos mil años mortales", pensó, recordando al hombre que la hacía feliz con solo tocarla.



Entonces sonó el timbre.

Afrodita no se dio la vuelta inmediatamente. Sus manos todavía estaban ajustando un lazo de cinta en el tallo de una amapola azul.

"Buenos días", dijo con voz tranquila y melodiosa. "Aquí sólo cultivamos lo que florece por amor. Y a veces... de luto."

Silencio.

Afrodita miró hacia arriba. La mujer que había entrado no era una mujer común y corriente.

Alto. Pálido. El cabello negro azabache cayó en oleadas sobre sus hombros. Estaba vestida de negro —no por estilo, sino por sustancia. Sus ojos no pedían flores. Exigieron respuestas.



La diosa, por un momento, simplemente la miró fijamente. Como si calculara siglos de significado en ese encuentro.

"No eres de aquí", dijo Afrodita secamente. "Ni de este mundo. Vuelve al repugnante panteón en el que vives, no quiero ver tu cara aquí, Atenea."

Atenea sólo respondió con una pregunta.

"¿Cómo se entra al inframundo?"

El silencio pesaba como mármol.



Afrodita colocó las tijeras sobre el mostrador con una delicadeza mortal. Su mirada perdió su dulzura— pero conservó la cruel belleza de alguien que había visto imperios surgir y caer con su toque.

"Eres la diosa de la sabiduría, aprende", dijo, caminando lentamente hacia el mostrador. "Ya no tengo nada que ver con tu repugnante linaje de dioses griegos, así que sal de mi tienda", dijo Afrodita.

"Pensé que eras más inteligente que eso", dijo Athena.

"Soy lo suficientemente consciente como para saber que ayudar a un atleta olímpico significa que sucederá algo grotescamente repugnante. Así que sal de aquí", dijo Afrodita.

